

METZ, J. B., *Fe y entendimiento del mundo*.
MERTON, T., *Oración y contemplación*.
MOLTMANN, J., *La iglesia fuera del Espíritu*. Sigüeme.
NIEGHOUB, *La iglesia del futuro*. CBP.
NÚÑEZ, E., *Caminos de Renovación*. Portavoz.
LOHFINK, G., *La iglesia que Jesús quería*. Desclée de Brouwer.
SCHAEFFER, F., *La iglesia al final del s. xx*. EEE
SNYDER, H., *La comunidad del Rey*. Caribe.
_____*Liberating the Church*. IVP.
_____*A Kingdom Manifesto*. IVP.
STEDMAN, R., *La iglesia resucita*. CLIE.
STOTT, J., *Contracultura cristiana*.

PABLO MARTÍNEZ

Cura de almas y psicología pastoral

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

I. CURA DE ALMAS

Concepto y explicación del término

II. EL MODELO BÍBLICO

El pastor de ovejas

Pablo: Un gran pastor

Requisitos básicos:

- Afecto profundo
- Sensibilidad espiritual
- Testimonio irreprochable

III. EL SUJETO EN LA CURA DE ALMAS

La persona del pastor. Sus necesidades:

- Renovación interior
- Formación en psicología pastoral
- Conocimiento de sí mismo

IV. EL PROCESO EN LA CURA DE ALMAS

Psicoterapia pastoral. Facetas

- Interrelación
- Catarsis
- Introspección
- Crecimiento

V. EL OBJETO DE LA CURA DE ALMAS

Mecanismos básicos de defensa psicológica

- negación
- Proyección
- Desplazamiento
- Racionalización

CONCLUSIÓN

PRESENTACIÓN

El estudio que hoy ofrecemos al pueblo evangélico, y especialmente a sus ministros, responde a una necesidad ampliamente sentida: la de profundizar en la naturaleza, importancia y urgencia de la labor pastoral en su dimensión más humana, la cura de almas.

Es motivo de satisfacción el notable progreso que se observa en determinados aspectos de la obra cristiana (formación bíblico-teológica, impulso evangelístico, promoción de formas nuevas de testimonio y servicio, etc.). Pero las circunstancias del entorno extraeclesial, el incremento de actividades de las propias iglesias y, en no pocos casos, la falta de orientación adecuada, hacen que a menudo el «pastor» descuide o se sienta frustrado en su tarea de cuidar a sus hermanos en una relación de intimidad personal. En esta misión es colaborador del Espíritu de Cristo, el Paracleto, es decir, Aquel que está «al lado de» para guiar, ayudar, consolar y fortalecer a los santos. Por tal razón en este aspecto de su ministerio, tan grande es el privilegio como la responsabilidad.

El presente trabajo es la transcripción, ampliada, de la conferencia dada por el Dr. Pablo Martínez Vila, médico psiquiatra, en la Asamblea del Consejo de la Alianza^Evangélica Española en febrero de 1987. Huelga decir que tanto la formación cristiana como la competencia profesional del conferenciante dan a su exposición una calidad inestimable. Por tal motivo, la recomendamos cálidamente, convencidos de que será una valiosa ayuda que muchos ministros del Evangelio agradecerán.

Secretariado de Teología
de la ALIANZA EVANGÉLICA ESPAÑOLA

Febrero, 1988

INTRODUCCIÓN

La intención del presente trabajo no es analizar la relación entre las diversas escuelas de psicología y la teología pastoral. Tampoco pretende ofrecer una crítica cristiana a las escuelas seculares de psicoterapia, ni presentar una «psicología cristiana». La investigación académica en estas áreas arduas debe quedar para otra ocasión. El diálogo entre teología y psicología es un campo fértil para la reflexión intelectual, pero no es éste el lugar para ello.

La pretensión de esta ponencia es mucho más humilde. Busca proveer al pastor de herramientas útiles para su trabajo diario. Pretende equiparle con utensilios prácticos para la cura de almas. Y aun esto, por la naturaleza misma del trabajo -una sola conferencia-, no se puede hacer de manera exhaustiva.

Nos daremos por satisfechos si este paso, inicial y pequeño, sirve como semilla. Nuestro deseo es que esta semilla despierte inquietudes en el campo inmenso, y bastante virgen, de la psicología pastoral, en concreto, de la cura de almas.

Recomendamos una profundización en los pasajes bíblicos que aquí, por razones de espacio, hemos abordado someramente. Contienen una riqueza incalculable para una obra pastoral fecunda.

«Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, que él ganó por su propia sangre.»

«Apacentar la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente...»
(Hechos 20:28; I° Pedro 5:2).

I. Concepto de «cura de almas»

Una breve visita a diferentes iglesias bastaría para poner de manifiesto que, en líneas generales, existe un importante déficit de cuidado pastoral en el sentido concreto de la cura de almas. Tanto el pastor como los miembros de su congregación coinciden en el diagnóstico. Este déficit no es intencional o deliberado. Los responsables son muy conscientes de la necesidad, pero se enfrentan con dos grandes obstáculos: por un lado, una fuerte tendencia al activismo; *hacemos* tantas cosas *por* los hermanos que no tenemos tiempo para *estar con* los hermanos. Los preparativos para organizar algún acontecimiento en la iglesia nos absorben de tal manera que nos falta la tranquilidad necesaria para sentarnos con las personas. Estamos tan ocupados haciendo de máquina que no tenemos tiempo para dialogar con los pasajeros. «Me da apuro ir a molestar al pastor con mis preocupaciones porque ¡es un hombre tan ocupado...!» Cuando los miembros de nuestra iglesia perciben en nosotros esta actividad frenética estamos sembrando un distanciamiento peligroso.

Por otro lado, el segundo obstáculo radica en la falta de una formación adecuada de los pastores. «Me gustaría poder contarle este problema a mi pastor; pero tengo el sentimiento de que no me va a comprender, que no podrá ayudarme.»

¿Qué entendemos por cura de almas? Es una dimensión específica del cuidado pastoral. Cuidado pastoral es un concepto mucho más amplio. La predicación, por ejemplo, es también cuidado pastoral. La cura de almas, en cambio, entraña una idea

otros» (1 Corintios 12:25, 26). Todo ello es profundamente terapéutico porque afecta al meollo de las necesidades básicas humanas.

II. El modelo bíblico

Ello nos lleva inevitablemente a una pregunta clave: ¿Cuál es la *enseñanza bíblica* sobre la cura de almas? Hay una metáfora que se presenta extensamente en la Escritura y que nos marca una pauta clara. Es la ilustración del *pastor de ovejas*. Ya en el Antiguo Testamento Dios mismo se presenta como el pastor, guía y protector de su pueblo. El Salmo 23 es una síntesis perfecta de las funciones del pastor. En el Nuevo Testamento Jesús viene a redondear la enseñanza, tanto con el ejemplo de su vida -«Príncipe de los pastores» (1 Pedro 5:4)- como con su enseñanza. El pasaje por excelencia es Juan 10. Éste es nuestro modelo: «El gran Pastor de las ovejas» (Hebreos 13:20). El Señor no fue médico, pero se preocupó por el cuerpo enfermo; no fue psicólogo, pero sí maestro de la empatía y de la comunicación personal; no fue psicoterapeuta, pero sus encuentros personales dejaban huellas indelebles en sus interlocutores; no fue un obrero social, pero se preocupaba cuando a las multitudes les faltaba el pan para el sustento diario. ¿Por qué?, porque era el Buen Pastor. Y ésta es nuestra responsabilidad, tan sencilla y tan compleja a la vez: seguir en sus pasos.

Ahora bien, ¿qué hace un pastor por su rebaño? Si tenemos claro el modelo teórico, ¿cuáles deben ser *en la práctica* las *responsabilidades* prioritarias en la labor de pastoreo? Vamos a seguir con la enseñanza bíblica. En este caso nos centraremos en otro *modelo*: el *apóstol Pablo*. Es una pena que se haya olvidado la valía extraordinaria de Pablo como pastor. El último trabajo exhaustivo data de 1907 (elaborado por Chadwick). En nuestro siglo se ha enfatizado su talla como teólogo y se ensalza su estrategia como misionero. Pero se ha caído en el

olvido injusto de esta otra faceta: Pablo fue un gran pastor, tenía un corazón de pastor. Su ministerio en las ciudades de Éfeso y Tesalónica nos ofrece un verdadero modelo de trabajo pastoral y de cura de almas. Vamos a analizar estos dos pasajes (1 Tesalonicenses 2 y Hechos 20:17-38), para descubrir esta obra maestra de pastoreo.

Observemos que Pablo realizó fundamentalmente dos tareas:

1. *La provisión de alimento*. Una buena parte de esta responsabilidad se cumple con la predicación. El ministerio público de la Palabra aparece como esencial en el pasaje de Tesalonicenses: «Tuvimos desnudo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio» (v. 2). La misma idea encontramos en el pasaje de Hechos: «Cómo no me retraje de anunciaros nada que fuese útil y de enseñaros públicamente...» (v. 20). «Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios» (v. 27). Pero «lo que el predicador siembra desde el pulpito debe regarlo con sus contactos personales». Por esta razón la enseñanza pública viene ampliada por la provisión de alimento a un nivel más íntimo y personal: «... en enseñaros públicamente y *por las casas*» (Hechos 20:20). Lo mismo vemos con el uso del vocablo «exhortar» en Tesalonicenses. «Nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza...» (v. 3). Esta palabra implica una labor de formación pero a nivel más reducido, ya no público. Es, por así decirlo, como el maestro que da clases particulares además de las lecciones colectivas. La misma idea encontramos en los versículos 11 y 12. La provisión de alimento es la meta número uno de un buen pastor.
2. *El cuidado personal*. Además de proveer «pastos adecuados», la enseñanza pública o personal, el pastor tiene otra gran responsabilidad: velar por sus ovejas, cuidar de ellas. Esta dimensión es lo que corresponde plenamente con la *cura de almas*. Es un cuidado individualizado que busca

consolar, proteger, guiar, fortalecer, o simplemente estar con. Es la simpatía o compasión en el sentido bíblico de «sufrir al lado de». «Así como también sabéis de qué modo, como el padre cuida a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros» (1 Ts. 2:11). «Por tanto, velad, recordando que, por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestaros con lágrimas a cada uno» (Hechos 20:31).

A la luz de estos dos pasajes hay algunos *requisitos básicos* para un cuidado personal, *una cura de almas genuina*. Nosotros destacaremos tres:

1. *Afecto profundo* por las ovejas.

Es un verdadero amor fraternal, el *ágape* fruto del Espíritu. «Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas; porque habéis llegado a sernos muy queridos» (1 Ts. 2:8). Como si le faltaran palabras, Pablo recurre a la ilustración del padre con sus hijos: «Así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros» (1 Ts. 2:11). Es este profundo amor por cada uno de los creyentes lo que le hace afirmar: «Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos» (2 Corintios 12:15). Este amor no es un sentimiento de amistad, algo natural. Ni siquiera es el afecto espontáneo que surge entre dos personas después de estar juntas un tiempo. Es mucho más profundo porque viene de Dios, fruto del «Consolador» por excelencia, el Espíritu Santo. De ahí la necesidad apremiante de *la oración*. El Señor nos dará a los pastores ese afecto profundo en la medida en que nos alimentemos de Él. Por ello el ministerio de la cura de almas debe estar regado, bañado de oración y de meditación personal en la

Palabra. Es exactamente lo que vemos en el pasaje de Tesalonicenses: tanto el contexto anterior como el posterior aluden repetidamente a la oración (ver 1:2, 2:13 y 3:10). Por esto, el modelo de cuidado pastoral nunca puede ser primordialmente técnico, sea médico o psicológico, porque es un asunto que trasciende el cuerpo o la mente.

2. *Sensibilidad espiritual*

«Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos» (1 Ts. 2:7). La segunda metáfora que escoge Pablo es aún más llamativa. Las madres y las nodrizas tienen una virtud que escapa a los demás: una intuición especial para darse cuenta de las necesidades de su niño. Él lactante habla un lenguaje ininteligible para todos excepto para su madre; ella puede captar con precisión si lo que el niño demanda es alimento o sueño o si se encuentra mal. Esta extraordinaria capacidad de percepción de las necesidades de su hijo es de lo que habla el apóstol. En el original la palabra «tierno» (epioi), también puede significar «calmante», que mitiga. Es en esa misma sensibilidad espiritual en la que el Señor fue modelo supremo. Especialmente admirable es el pasaje en Juan 10, del 1 al 15, donde el Señor mismo nos describe la sensibilidad del pastor por excelencia. Recomendamos que estos versículos sean algo así como el pasaje de cabecera para el pastor en la cura de almas.

Ciertamente *el precio* que hay que pagar por tener un «corazón de pastor» es alto. La sensibilidad, requisito esencial para la cura de almas, es una espada de doble filo. Por un lado, es la llave que nos permite mitigar las necesidades íntimas del rebaño; pero también es el peso que nos oprime y nos llena de preocupación: «... y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias» (2 Co. 11:28). «... sirviendo al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas...» (Hechos 20:19). No son pocos los siervos de Dios

que se han tomado en serio su responsabilidad como copastores con Cristo y han terminado exhaustos emocionalmente. La factura de una gran sensibilidad puede ser el agotamiento emocional. El gran consuelo está en que «los que siembran con lágrimas, con regocijo segarán» (Salmo 126:5). La sensibilidad del apóstol llegaba a ser tan grande que sufría hasta «dolores de parto» por sus hermanos: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera estar con vosotros ahora mismo...» (Gálatas 4:19, 20). O el pasaje en Romanos 9:2: «Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatemado separado de Cristo, por amor a mis hermanos...». No es de extrañar que la partida de un pastor tan extraordinario ocasionara la emocionante escena de Hechos 20:37: «Entonces hubo gran llanto de todos; y echándose al cuello de Pablo, le besaban.»

3. *El aval de un testimonio irreprochable*

El trabajo pastoral de Pablo en Éfeso y en Tesalónica vino rubricado por una firma indispensable: su propio ejemplo. Nadie podía echarle en cara que era incoherente o que predicaba lo que no hacía. Hasta tal punto se preocupó Pablo por mantener limpio su testimonio que trabajó de noche para no ser, económicamente, gravoso a nadie (1 Ts. 2:9). ¿Quién sería capaz de exclamar las palabras de Pablo en el versículo 10: «Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuan santa, justa e irrepreensiblemente nos comportamos con vosotros los creyentes»? Este es un ingrediente imprescindible en el trabajo pastoral en general y en la cura de almas en particular. Las ovejas tienen un gran olfato para conocer a su pastor. De poco servirá una cura de almas técnicamente impecable si no viene avalada por un testimonio vivo. La gente no podrá creernos si ve en nosotros cualquier tipo de inconsistencia. ¿Cómo podremos dar tranquilidad y paz de espíritu a los atribulados cuando

nosotros mismos nadamos en un mar de ansiedad? ¿Cómo podremos ser tiernos y dar amor si estamos dominados por la tensión y la prisa? Con toda autoridad Pablo pudo decir: «Sed imitadores de mí como yo lo soy de Cristo.»

Necesitamos pastores como Pablo, con un profundo afecto por sus ovejas, con sensibilidad exquisita, con el aval de un testimonio irreprochable. La obra evangélica en España y en Europa necesita pastores así. Ésta es, posiblemente, la necesidad más urgente entre nosotros en esta época de individualismo y soledad.

Hasta aquí hemos visto qué es la cura de almas, por qué hemos escogido esta expresión y no otra, y cuál es el modelo bíblico para este ministerio. Quizás ahora pueda entenderse por qué preferimos esta expresión en vez de aconsejamiento pastoral. Esta última es más moderna y puede tener mayor credibilidad científica en ciertos círculos académicos. Pero nos parece menos rica en significado, más limitada. Aconsejar es sólo una de las muchas facetas de la cura de almas. Y por otro lado, la palabra «aconsejamiento» nos acerca más al modelo técnico del psicoterapeuta en detrimento del modelo bíblico del pastor. Dicho esto, vamos a dividir el resto de nuestra exposición en tres puntos más. En primer lugar, la persona del pastor, entendiendo siempre la palabra pastor en su sentido más amplio (anciano, líder de iglesia, etc.), es decir, el *sujeto-que* realiza la cura de almas. Posteriormente consideraremos la persona *objeto* de la cura de almas, en términos generales, el miembro de la iglesia. Y en último lugar, el proceso que tiene lugar y que, en su sentido más amplio, no estricto o técnico, vamos a llamar psicoterapia.

III. La persona del pastor: El sujeto en la cura de almas

Un requisito fundamental para la cura de almas idónea es la serenidad y la tranquilidad de espíritu. El pastor desasose-

gado, atormentado por algún problema, ansioso, presionado constantemente por las prisas, difícilmente podrá ejercer un ministerio de cura de almas. Para ello debe disponer de buena *salud* en el sentido amplio que la O.M.S. da al término: estado de bienestar físico, mental, incluso social. Para conseguir este estado de *sosiego* son necesarios, entre otros, *tres requisitos*:

1. Una primera condición para realizar la cura de almas con sosiego es *aprender a descansar en el Señor*.

Es la capacidad de experimentar la realidad de Isaías 40:31, de recogimiento, de renovación espiritual. Debemos ser conscientes de que no estamos luchando con armas humanas, sencillamente porque nuestro ministerio no es humano, es de Dios. El Espíritu Santo juega un papel de bisagra, es la pieza clave insustituible en todo lo que venimos diciendo. Detrás de todo acto de cura de almas está el *Parakletos*, el Consolador. Y será sólo en la medida que nosotros hemos recibido del Señor que podremos dar a otros. Un enfoque exclusivamente técnico de la cura de almas perdería su objetivo central: crecer en el conocimiento y gracia del Señor Jesucristo. Estamos inmersos en una batalla espiritual y nuestra dependencia de Dios es imprescindible. Un ministerio enfocado desde una perspectiva humana fácilmente lleva a la aridez espiritual y emocional. La oración es la puerta suprema que nos da acceso a esta *renovación* interior. Cuidado, sin embargo, en simplificar las cosas. El ser humano es extraordinariamente complejo y no podemos caer en un superespiritualismo desequilibrado. Parafraseando Eclesiastés 4:3, podríamos decir que «todo tiene su lugar y hay lugar para cada cosa». De ahí que necesitemos mencionar también otros dos requisitos más.

2. *Una formación básica en psicología pastoral*

El médico de almas puede beneficiarse grandemente de las aportaciones de las psicologías seculares. Especialmente

la *psicología profunda* (llamada así porque profundiza en las capas inconscientes en la mente) ha enriquecido el conocimiento de la naturaleza humana en un grado extraordinario. Es conveniente una formación básica en conceptos vitales del comportamiento humano. El pastor que rechaza estas contribuciones seculares se empobrece y cae en un extremismo tan peligroso como su opuesto: abrazar alegremente cualquier aportación secular sin pasarla por el crisol de la crítica. Autores como Freud, Adler, Jung, y otros, pueden enriquecer en gran manera nuestro conocimiento del hombre sin que tengamos que estar de acuerdo con ellos en todos sus postulados teóricos.

La carencia de una formación conceptual adecuada en este campo puede inducir consecuencias prácticas catastróficas. Citaremos varios ejemplos tomados de la práctica diaria:

- a. Confundir una *esquizofrenia* con una *posesión demoníaca*. Si no sabemos mínimamente qué es la esquizofrenia podemos confundirla con un problema de demonismo. Ciertamente no siempre es fácil establecer la diferencia, pero sí es posible en muchas ocasiones. La falta de este conocimiento básico ha llevado a algunos pastores a organizar sesiones de exorcismo, con resultados francamente frustrantes, cuando lo más adecuado hubiera sido una consulta al psiquiatra. El más perjudicado es siempre el supuesto poseso, causándole a veces un daño emocional incalculable y duradero.
- b. Confundir las *dudas* de una *neurosis obsesiva* con un pecado de *falta de fe*.

Hay creyentes que no se atreven a participar de la Santa Cena porque en el momento de tomar el pan o el vino acuden a su mente blasfemias contra Cristo, o imágenes obscenas ofensivas a Dios. Si el pastor no tiene una idea clara de que estamos ante un problema netamente obsesivo -que requiere tratamiento psicológico y muchas veces incluso con fármacos- se le recomendará que no

participe en la Santa Cena hasta que desaparezcan estos «malos pensamientos». Evidentemente es un error. Lo mismo en cuanto a la seguridad de la salvación o al pecado imperdonable, por citar sólo lo más frecuente. Hay no pocas personas obsesivas que viven atormentadas por falsos escrúpulos de conciencia que reflejan un problema de neurosis obsesiva y cuyo tratamiento es fundamentalmente psicológico. Recomendamos la autobiografía de Juan Bunyan, *Gracia abundante para el primero de los pecadores* (Editorial Clie).

Bunyan tenía un carácter obsesivo que le atormentó toda su vida, y, sin embargo, ello no empequeñeció la grandeza de su obra -recordemos *El peregrino*- ni tampoco su talla espiritual.

- c. Confundir una personalidad *depresiva, asténica*, con un problema de *pereza*.

Es cierto que a veces pueden ir juntos y que a la sombra de un problema depresivo puede esconderse un beneficio secundario (!!): Rechazar cualquier esfuerzo, todo lo que supone un trabajo. Pero no siempre el depresivo es un holgazán. Por el contrario, en muchas ocasiones la astenia es consecuencia de su personalidad depresiva y si logramos mejorar esta depresión conseguiremos un mayor rendimiento de esta persona.

- d. Confundir el *miedo* de la *persona ansiosa* con *falta de fe*.

«Si tuvieras más fe, no tendrías este temor.» Es un comentario que hemos escuchado en muchas ocasiones, y que tiene validez en ciertos casos de problemática espiritual; pero no resuelve la angustia de una persona ansiosa que vive muchos momentos de su vida aplastada bajo el peso de miedos irracionales, ilógicos.

La lista podría ser más extensa. Pero basten estos ejemplos para ilustrar la importancia de una formación básica en psicología pastoral. Cuanto mejor conozcamos un tema, más seguros nos sentiremos, y por tanto podremos ejercer nuestra cura de almas con más tranquilidad.

3. *Conocernos a nosotros mismos.*

El último requisito para llegar a este sosiego es un conocimiento mínimo de nuestra propia personalidad, de nuestro carácter, nuestros complejos, nuestras debilidades, nuestros problemas emocionales. Lo que podríamos llamar un autoconocimiento. Aquel que se conoce algo a sí mismo estará en mejores condiciones de ayudar a los demás. Es muy frecuente proyectar en nuestras relaciones con otros buena parte de nuestro propio bagaje psicológico y que a nosotros nos pasa desapercibido. Es un mecanismo inconsciente. Sentimientos de inferioridad, afán de protagonismo, necesidad de sentirnos deseados, ambición y vanidad revestidas de motivaciones espirituales, búsqueda de seguridad en méritos humanos y un largo etcétera de escondidos resortes pueden afectar seriamente nuestro ministerio. Lo peor de esta situación es que es inconsciente; el propio interesado no se da cuenta de ella. Sus mecanismos de defensa (ampliaremos este punto ulteriormente) le protegen de tal manera que se confirma la frase bíblica de que vemos la paja del ojo ajeno y no acertamos a ver la viga de nuestro propio ojo. Ciertamente el Espíritu Santo actúa a través de nuestra debilidad y puede reconvertir lo negativo en un bien. Pero no es precisamente a este tipo de debilidades a las que se refiere el Señor.

Una persona con responsabilidades pastorales debería intentar hacer un poco de luz en los intrincados vericuetos de su personalidad. Una revisión profunda y periódica de nosotros mismos, honesta, y a ser posible con la ayuda de alguien objetivo, puede ser la mejor inversión para un ministerio equilibrado. Nadie podrá llevar a otro más allá de lo que él mismo ha avanzado.

Así que concluimos este punto. Uno de los peores enemigos del anciano o pastor es la tensión interior. En esto coincide la opinión de todos los psicoterapeutas. Y por desgracia abundan los pastores agotados, en permanente estado de tensión, ago-

biados por una presión constante. Esta situación va a afectar no sólo la cura de almas, sino también el ministerio pastoral en su conjunto. La predicación, por ejemplo, puede llegar a convertirse en válvula de escape de esta tensión acumulada. La dureza en las palabras, el reñir continuamente a la congregación, a menudo pueden ser señal manifiesta de esta irritabilidad interior. Hemos de vigilar que no nos ocurra algo parecido a lo expuesto en Cantares 1:6: «Me pusieron a guardar viñas; y mi viña, que era mía, no guardé.» Es una advertencia solemne: Si queremos guardar las viñas de los demás, la primera que hemos de vigilar es la nuestra propia y la de nuestra familia. Recordemos, en fin, la recomendación de Pablo a Timoteo: «Ten cuidado de ti mismo.»

IV. El proceso en la cura de almas

Vamos a dar el nombre de *psicoterapia* a este proceso porque nos parece legítimo. En su sentido más amplio, psicoterapia es la utilización del diálogo y la palabra hablada para interaccionar con una persona, teniendo como propósito último «curarla» (entendiendo la palabra curar en su sentido original antes descrito). En su sentido más específico el término *psicoterapia* se reserva para el enfoque psicoanalítico; pero nos parece injusto reservar este vocablo a una sola escuela. Toda interacción con fines terapéuticos que tiene el diálogo como instrumento básico es una forma de psicoterapia.

En la psicoterapia ocurren fundamentalmente cuatro fenómenos que vamos a analizar seguidamente:

1. La interrelación

Es la sintonía, el «clic» mágico, el impacto emocional que se establece entre la persona que busca ayuda (a la que a partir de ahora llamaremos «paciente» para simplificar los términos y porque refleja muy bien el significado original, «persona que sufre») y el pastor. En esta dimensión lo que

espera fundamentalmente el paciente es un encuentro genuino, un intercambio, no tanto de palabra o ideas, sino de dos personas. Busca sentir que alguien está con él, comprensión, calor. El mejor comentario que el pastor puede oír después de una conversación es: «Gracias porque usted me comprende, me siento comprendido.» Evidentemente esto requiere un interés genuino por parte del pastor.

De hecho, uno de los primeros requisitos que se esperan de un buen médico de almas es justamente éste, ofrecer comprensión, aunque no a cualquier precio o de cualquier forma. Esta actitud recibe el nombre de *empatía*. A diferencia de la palabra «simpatía» -sufrir con- la empatía es «sufrir dentro de», es decir, experimentar un interés genuino hacia la otra persona hasta el punto de instalarnos en su mundo interior. Si yo fuese él, ¿qué sentiría; cómo me gustaría ser tratado? El médico de almas que logra ser empático ejerce un bien incalculable en los que recurren a su orientación. Es interesante mencionar que los resultados de las investigaciones realizadas en el campo de la psicoterapia indican que la empatía puede ser aprendida en medida mucho mayor de lo que se creía. Así que no es sólo una actitud natural. Obvia decir que el creyente, por sus características propias, está en mejores condiciones que nadie para ser empático. Un análisis cte la vida del Señor Jesús nos muestra muchos momentos de una empatía extraordinaria hacia su prójimo.

2. La catarsis

El segundo fenómeno en el proceso de la cura de almas es lo que en el lenguaje psicológico se llama *catarsis*. Si lo que buscamos en la primera dimensión era un encuentro genuino, lo que aquí se pretende es la *expresión* de sentimientos y de ideas por parte del paciente. Etimológicamente la palabra *catarsis* significa «purificar» o «purgar». La finalidad última es vaciar, que salga fuera todo lo que

hay en el interior. Dicen los psicoterapeutas que la impresión sin expresión produce depresión; de ahí la necesidad. Es necesario expresar *sentimientos*: llorar (expresión de tristeza), enojarse (expresión de agresividad), etc. Pero también es necesaria la expresión de *ideas*. Normalmente éstas suelen ir surgiendo después que han emergido los sentimientos. De tal manera que distinguiríamos aquí dos fases: en la primera, bastante caótica, lo único que se expresan son sentimientos: la persona llora, es agresiva, está poco estructurada. Pero, poco a poco, va dando lugar a una segunda fase en la que empieza a expresar pensamientos que estaban escondidos en su mente. Lógicamente no se puede andar con prisas. Aquí más que nunca debemos recordar aquella célebre frase del psicoanalista suizo K. G. Jung: «La prisa no es del diablo. Es el diablo» (!!). En la cura de almas la prisa es un enemigo tan perjudicial como la tensión interior. Ambas llevan al desasosiego y a la superficialidad. Los resultados no suelen conseguirse con una primera conversación. En el caso de una sola entrevista, ésta debe ser larga y generosa. Esta necesidad de expresión no se aplica solamente a la psicoterapia. De hecho, el lugar primordial para expresar las emociones es la familia. Un niño que ha tenido una expresión adecuada en su familia difícilmente llegará a tener problemas emocionales. O, invirtiendo el orden, una de las mejores profilaxis para conseguir una estabilidad psíquica es la existencia de un ambiente familiar que facilite la comunicación. Es aleccionador observar a un niño pequeño, por ejemplo de seis u ocho años. En su espontaneidad, si no se le reprime, cuenta con lujo de detalles las peripecias ocurridas durante el día, y quiere sentirse escuchado. Recaba la atención de la madre porque necesita explicar la película de lo vivido aquel día. Éste es un fenómeno necesario emocionalmente. Si hacemos callar sistemáticamente a este niño «porque es un pesado con tantas historias», le hacemos un daño importante.

En esta segunda dimensión el requisito fundamental ya no es la empatía, como antes, sino el *saber escuchar*. Escuchar larga, apasionadamente. En nuestros días hay pocas personas que sepan escuchar de forma adecuada. El peligro principal aquí viene en un concepto erróneo de eficacia: el pastor cree que ha de responder a todas las preguntas, que debe encontrar solución a todos los problemas que le plantea el paciente. De tal manera que, mientras el otro le está hablando, el pastor está concentrado elaborando la mejor respuesta. Por tanto, no puede escuchar de manera adecuada. En su fuero interno prevalece aún el enfoque enciclopedista y utilitario que criticábamos al principio al definir la cura de almas. Está obsesionado por los resultados: «Si no le doy una solución, si no le ofrezco una respuesta, es tiempo perdido; la conversación es un fracaso si no le arreglo el problema.» Éste es, posiblemente, el error más frecuente. *La cura de almas no consiste, primordialmente, en dar consejos*. El médico de almas no es el catedrático que tiene una respuesta para cada problema que se le plantea. Si no entendemos este punto fracasaremos en nuestro propósito. En muchos casos el pastor no puede ni debe dar respuestas. Todos habremos vivido una experiencia semejante a la siguiente: Después de estar escuchando ininterrumpidamente a una persona durante una hora, obtenemos el siguiente comentario- tan sorprendente: «Gracias, ha sido un diálogo muy enriquecedor» (!!). Nosotros no hemos pronunciado apenas una palabra, pero la persona se ha sentido comprendida (primer requisito) y ha podido vaciar todo lo que llevaba dentro (segundo requisito).

3. *Facilitar la introspección*

La finalidad de esta tercera faceta es que la persona «se dé cuenta de», hacer luz en la mente del paciente. El requisito fundamental aquí ya no es la empatía, ni el saber escuchar, sino el *saber hacer preguntas*, hacer reflexionar

a la persona que tenemos delante. Podemos sentirnos satisfechos cuando al final de este proceso alguien nos dice: «Antes no había pensado en esto», «Me ha hecho pensar». Normalmente esta dimensión viene muy influida por la capacidad de introspección (técnicamente se llama *insight*) del paciente. Cuanto mayor sea el nivel intelectual tanto más se podrá profundizar y tanto más rica será esta fase. Una persona más bien primitiva tiene tendencia a somatizar sus conflictos, es decir, habla a través de síntomas del cuerpo. Por ello, le es más difícil darse cuenta de la relación entre su dolor de cabeza, por ejemplo, y las tensiones que está viviendo. El *insight*, en el sentido más restringido psicoanalítico, es tomar conciencia de la psicodinamia de nuestra conducta, descubrir nuestros mecanismos de defensa, nuestros problemas inconscientes. En este sentido queda reservado a los profesionales de la psicoterapia y el pastor debe abstenerse de practicar «psicoanálisis silvestre», como lo llamaba Freud. Pero lo que sí puede hacer el pastor es hacer pensar, estimular a la reflexión sobre las motivaciones escondidas, ayudar a descubrir la verdadera causa de nuestros problemas. Jesús, una vez más, es un ejemplo supremo. Su diálogo con la samaritana (Juan 4) es un modelo de profundización progresiva para facilitar el *insight* de aquella mujer hasta llegar al meollo de su problema: la soledad y la necesidad existencial de poner un orden nuevo en su vida.

Y ello nos lleva a la última dimensión de la psicoterapia.

4. Dimensión pedagógica

Ésta es la meta más difícil de alcanzar; de hecho, es rechazada por la mayoría de psicoterapeutas. El que más trabajó en este campo fue Adler, quien llegó a crear realmente una psicoterapia pedagógica. Implica el crecimiento, la transformación de ideales espirituales, existenciales, éticos, etc. Especialmente reconfortante en este campo es el enfoque terapéutico de Victor Frankl, psicoanalista austríaco que

vivió la tragedia de los campos de concentración nazis. Esta experiencia marcó decisivamente su enfoque profesional. Para Frankl la fuente primordial de malestar y angustia en el ser humano radica en su incapacidad para encontrar significado adecuado en su vida. No vamos a entrar en detalles porque una descripción de su teoría escapa al propósito de esta conferencia. Sirva como ejemplo de esta dimensión pedagógica profunda.

El apóstol Pablo, al que antes aludíamos como modelo de pastor, resume lo que podría ser la preocupación primordial en esta fase: «Enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Colosenses 1:28). La meta última es el crecimiento ético a la imagen de nuestro Señor Jesucristo.

Resumiendo lo dicho hasta aquí, hay cuatro propósitos en la psicoterapia pastoral: tener un encuentro genuino, facilitar la expresión de sentimientos e ideas, hacer pensar y ayudar a crecer. Cada uno de estos propósitos se ve correspondido con un requisito: tomar un interés profundo (la empatía), saber escuchar, saber hacer preguntas y poder enseñar. Éstas son las condiciones para ser un buen instrumento de crecimiento en las vidas de las personas que Dios ha puesto en nuestra congregación. Y podremos sentirnos satisfechos cuando ellos se expresen en estos términos: «Me comprende»; «He podido expresarme con libertad»; «Me he dado cuenta de»; «Estoy creciendo». De hecho, aunque sólo hubiese una de estas afirmaciones podríamos estar contentos de haber realizado una buena labor de cura de almas.

V. La persona, objeto de la cura de almas

El pastor no sólo debe conocerse a sí mismo. Es recomendable que esté familiarizado con las características personales de su «objeto». Una vez más, por la naturaleza del trabajo,

hemos de ceñirnos a un solo ejemplo, pero recomendamos un estudio de los diferentes tipos de carácter o personalidad.

El ejemplo que hemos escogido son los *mecanismos* básicos de *defensa* psicológica que aparecen más frecuentemente en una relación interpersonal. El pastor, sin duda, los ha experimentado en muchas ocasiones: toda forma de reaccionar, en mayor o menor grado, esconde algunos mecanismos de defensa.

Una puntualización importante antes de enumerarlos. No es tarea del pastor desvelar estos mecanismos de defensa al paciente. Esto es trabajo de un profesional. La interpretación psicoanalítica por parte del pastor, aun siendo correcta, puede ser nociva. Por ello nuestra recomendación es que estos conocimientos profundos se utilicen con un valor diagnóstico. Nos van a ayudar a conocer mejor a la persona y a entender sus reacciones. Esto en sí mismo ya es de vital importancia. Nuestra comprensión y nuestra paciencia, tan necesarias en el pastorado..., se verán reforzadas con estos conocimientos. Igualmente nos ayudará a no dejarnos llevar por primeros impulsos o a no ponernos al nivel de inmadurez, y a veces incluso infantilismo, de algunas personas. Éste es el gran valor de una formación elemental en psicología profunda para el pastor. Pero nada más; no debemos usar estos conocimientos como terapéutica. Recordemos el viejo aforismo latino referido a los médicos y que se puede aplicar perfectamente al pastor: «*primum non nocere*», lo primero es no hacer daño.

Hemos escogido cuatro de estos mecanismos no porque sean los más importantes, sino porque nos parecen los más pedagógicos.

Mecanismo de negación

Es lo que en términos sencillos llamamos autoengañarse, cerrar los ojos ante una realidad que causa dolor. Es un mecanismo tan univiersal que lo hemos experimentado todos alguna vez: ante una mala noticia nuestra primera reacción es

«No, no es verdad», «No puede ser». Ocurre también en el caso del niño, quien atezado por el miedo va cantando: «Soy valiente, soy un valiente, ¿quién quiere luchar contra mí?»

Este mecanismo elemental de defensa, la negación de una realidad, nos viene a confirmar el diagnóstico de la palabra de Dios al respecto: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas» (Jeremías 17:9). ¡Cuántas personas viven autoengañadas, con una venda en los ojos, ya sea a nivel espiritual o emocional! Es aquí donde el mensaje del Evangelio, luz por excelencia, puede penetrar y transformar esos rincones de oscuridad en una «vida de abundancia».

Otra forma más sutil de este mecanismo consiste no tanto en negar la realidad sino en distorsionarla, deformar lo que ve, falsificar inconscientemente la información. Desde luego éste es un grave problema en las relaciones en la iglesia, porque afecta a la comunicación entre los miembros. Podríamos añadir aquí -aunque esto sería un capítulo aparte- que muchos malos entendidos entre personas y buena parte del chismorreio se deben, por lo menos parcialmente, a estas distorsiones psicológicas. Esto es especialmente cierto en lo que llamamos personalidades histéricas. Son personas que distorsionan la realidad con verdaderas alucinaciones. En una conversación no entienden lo que se les está diciendo, sino ¡lo que están queriendo oír! Y, literalmente, lo oyen. De aquí su afirmación: «Tal persona me dijo esto», cuando lo cierto es que aquella persona nunca dijo tal cosa.

Obvia decir que, como en todos los mecanismos de defensa, el proceso es inconsciente. Además, sirve para protegernos de una realidad que causa angustia, dolorosa. En este caso de la negación se hace realidad lo que dijo un psicoanalista: «Ningún hombre alcanza a ver la verdad (en ese caso de su persona) más allá de lo que puede soportar.»

Mecanismos de proyección

Consiste en culpar a otro de algo que es mi propio problema; ver en los demás lo que, en realidad, está en mí. Esta actitud

puede reflejarse a nivel colectivo o a nivel individual. Un ejemplo: «Esta persona me odia», cuando en el fondo lo que quiere decir es: «Odio a esta persona.» Esta afirmación es demasiado dura para que yo la acepte y por ello el inconsciente le protege proyectando estos sentimientos sobre el «otro».

Este mecanismo es muy importante en los problemas de celos, especialmente en los celos patológicos. Muchas veces detrás de los celos -«Mi esposa me engaña»- se esconde en realidad un mecanismo de proyección, el deseo apasionado de engañar a la esposa. A veces el problema se plantea en otros términos. Es bien conocida la frase: «En la iglesia no hay amor», cuando la verdad sería más bien: «Yo no me amo a mí mismo», y por esto, obedeciendo los impulsos inconscientes, me protejo y digo que son los otros quienes no me aman.

Los ejemplos podrían multiplicarse para ilustrar esta expulsión de la culpa hacia afuera, lo que técnicamente se llama «la culpa centrífuga». Todos conocemos personas que son una queja continua, un constante lamento. Se presentan casi siempre como víctimas. Esto es señal de inmadurez. En la medida en que una persona es madura emocional y espiritualmente no tiene dificultad en aceptar su parte de responsabilidad. La persona que siempre culpa a los demás esconde un trasfondo de problema emocional.

Mecanismo de desplazamiento

Consiste en sustituir el lugar real donde se origina un problema por otro menos doloroso de aceptar. La reacción de desplazamiento por excelencia son las *fobias*. El objeto temido, un perro, un ascensor, un espacio cerrado no son más que el símbolo concreto hacia el que se canaliza una ansiedad más profunda.

Merecen destacarse por su importancia práctica las *fobias sociales*: es el temor a cualquier actividad que implique «actuar» delante de otros. Por ejemplo, un miedo invencible a hablar o leer en público. Suelen tener su origen en problemas profundos de autoestima, inferioridad e inseguridad.

Otra reacción típica de desplazamiento es la *conversión* de

un problema emocional en algo físico, somático. Muy espectaculares son los fenómenos de *conversión histérica*: una sordera, una parálisis, etc., cuyo origen está en graves problemas emocionales. Más frecuentes son las reacciones de conversión leves, como por ejemplo dolores difusos y múltiples en el cuerpo, etc. La persona incapaz de expresar abiertamente sus conflictos, por ejemplo la agresividad, dirige esta angustia hacia dentro, la introyecta produciéndole problemas tales como insomnio, dolor de cabeza, dolor de estómago, etc. (Hay una cierta diferencia entre la conversión y la *somatización*, pero aquí no entraremos en detalles).

Una reacción especial de desplazamiento que tiene interés para el pastor es *la transferencia*. Se denomina así por el mecanismo que lo produce. Reaccionamos y nos relacionamos con una persona no sólo sobre la base consciente de cómo la vemos en la realidad. Poderosas fuerzas inconscientes nos hacen asociar esta persona con aquellos seres muy vinculados a nosotros en la infancia, sobre todo los padres. Esto ocurre en todas nuestras relaciones, pero primordialmente aquellas en las que existe un elemento de autoridad, como por ejemplo el médico, el jefe, el maestro, etc. Nuestros problemas de relación con nuestra primera autoridad, padre y madre, los transferimos (de ahí el nombre) a la vida actual. Hay un desplazamiento de los sentimientos y actitudes infantiles. Es como si todos lleváramos un niño dentro que, eventualmente, surge y domina al yo adulto. Ello explica los sentimientos de intensa aversión o intensa atracción que aparecen de manera inexplicable en ciertas relaciones. Muchas demandas desmesuradas que se ejercen sobre el pastor, en forma de afecto o de tiempo, pueden tener origen en ese fenómeno psicológico. El pastor, figura en autoridad, recuerda inconscientemente al padre. Igualmente, una reacción excesiva o inapropiada de hostilidad puede esconder problemas de transferencia negativa. (Aunque, desde luego, no debemos buscar razones psicoanalíticas siempre que haya resentimiento contra el pastor...! Eso sería caer nosotros en el próximo mecanismo de defensa...).

Mecanismo de racionalización

La racionalización es buscar y encontrar una razón -de ahí la palabra- para explicar algo que nos cuesta aceptar. Un ejemplo que ilustra muy bien este mecanismo es la célebre fábula de «La zorra y las uvas». Una zorra quiere coger un racimo de uvas y cuando comprende que no puede alcanzarlas se consuela diciendo: «Están verdes.» De esta manera evita darse cuenta de su incapacidad. En la vida de la iglesia esta situación se produce con cierta frecuencia; frases como «Me marcho porque la iglesia no evangeliza», o «Me marcho porque en la iglesia no hay amor» son en realidad la expresión de mecanismos de racionalización (o, por lo menos, pueden serlo).

Podríamos hablar también de la identificación, la formación reactiva, el aislamiento y otros mecanismos de defensa. Pero basten estos ejemplos para comprender la importancia del inconsciente en nuestra conducta diaria. Una de las grandes aportaciones del psicoanálisis radica justamente en esta gran capacidad de profundización en la conducta del ser humano.

Muy recomendable sería el estudio de los diferentes tipos de personalidad y temperamento. Ello nos serviría tanto para potenciar lo positivo como para prevenir lo negativo en los miembros de nuestras congregaciones. No podemos hacerlo aquí por razones de espacio. Autores, entre otros, como Hallsby en el campo evangélico o Jung, psicoanalista suizo, en el terreno secular, pueden ser una ayuda valiosa. Mi deseo es que, a estas alturas de la exposición, hayamos comprendido, por lo menos, dos cosas: que el estudio de la naturaleza humana es apasionante y que debería convertirse en «asignatura» importante para el pastor. Una formación básica le proporcionará una de las claves para un ministerio fértil y sosegado. Fértil porque nos permitirá aprovechar mucho mejor, para la gloria de Dios, el potencial de nuestras «ovejas». Y sosegado porque nos ayudará a entender cosas que, de otra manera, llevan al cansancio y a la desmoralización con mayor facilidad.

Al principio aludíamos a una metáfora bíblica, la del pastor

de ovejas, para referirnos a nuestro modelo. Vamos a concluir esta exposición con otra metáfora bíblica: *el labrador o jardinero*, porque nos ayuda a librarnos un poco de la tiranía de los resultados. La cura de almas se asemeja mucho a la labor de un jardinero; tiene unas responsabilidades concretas que le competen: abona cuando hay que abonar; poda llegado el tiempo; riega a la hora adecuada, etc. Esto ha de hacerlo lo mejor que sepa. Pero no es ninguna garantía de una cosecha buena. Hay factores que escapan a su control: el sol, la lluvia, incluso la calidad de la tierra, que determinan grandemente los resultados. Por ello es un consuelo recordar que, como «jardineros de hombres», muchas veces tendremos que conformarnos con una cosecha decepcionante. La planta puede producir un fruto pobre comparado con lo que hemos invertido en tiempo y dedicación. El Señor mismo conoció esta triste experiencia respecto a su pueblo: «Tenía mi amado una viña en una ladera fértil. La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas... y esperaba que diese uvas y dio uvas silvestres... ¿qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?» (Isaías 5:1-4). ¿No es ésta también a veces nuestra experiencia? Después de cultivar a una persona largo tiempo encontramos que el final de nuestro trabajo es un fruto decepcionante.

No debe ser casualidad que en el pasaje bíblico más extenso sobre el tema de la paciencia, el primer ejemplo es el del labrador (Santiago 5:7-10). Somos llamados a ejercitar nuestro ministerio con paciencia porque los resultados, en último término, no dependen de nosotros. Ésta es una lección importante que no podemos olvidar. El apóstol Pablo la resumió muy bien cuando, refiriéndose a los corintios, escribió: «Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento... Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios» (I Corintios 3:6-9).

Así que en cuanto a los resultados de nuestro ministerio, ni

el éxito debe llevarnos a la vanagloria ni el fracaso al derrotismo. En último término nuestro deber, como jardineros de hombres, es cumplir con las tareas del cultivo, dejando el crecimiento en manos del Señor.

Nuestro lema en el ministerio pastoral y en la cura de almas debería ser el del apóstol:

«Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia porque a Cristo el Señor servís» (Colosenses 3:23, 24).